

NOTICIAS HISTÓRICAS

RELATIVAS AL CLÉRIGO-NAVEGANTE

JUAN DE AREYZAGA

RECOPIADAS POR

D. JUAN JOSÉ DE BELAÚSTEGUI

JUAN de Areyzaga; oriundo de noble linaje, nació en la Muy Noble, Muy Leal y Muy Fiel villa de Zumárraga (Guipúzcoa) (1) a fines del siglo XV, presidiendo en la silla de San Pedro el Pontífice Inocencio VIII, y reinando en España los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, de gloriosa y esclarecida memoria (2).

Sábese por medio de la Historia que Areyzaga, una vez que se halló en posesión del contenido de las asignaturas correspondientes a la instrucción primaria, se dedicó a los estudios eclesiásticos, cursando los de Latinidad, Retórica, Filosofía y Teología, con aplicación extraordinaria.

(1) Las primeras partidas de bautismo de esta iglesia parroquial datan del año 1523, y por este motivo no podemos consignar la fecha exacta del nacimiento de Areyzaga.

Juan de Areyzaga nació en su casa solariega denominada «Areyzaga-baso-koa» que se halla enclavada en el término municipal de Zumárraga.

Sin embargo hemos de hacer notar, que siendo la familia de Areyzaga una de las *popladoras* de Villareal de Urrechua, el término en que erigió su Casa-Fuerte, debía pertenecer entonces a esta Villa y no a Zumárraga, aun cuando posteriores delimitaciones cambiasen la jurisdicción municipal de Areyzaga-Baso-Koa.

(2) Para la recopilación de estas noticias históricas, nos hemos servido de las obras escritas por Navarrete, Uncilla, Soraluze, Madoz e Iturbe. (*N. del A.*)

En la Teología moral llegó a ser un hombre consumado, y así se comprende que fuese consultado en cosas morales, que se le mirase como un oráculo en ellas y que estuviese muy estimado en todo el país vasconavarro.

Recibió las Sagradas Órdenes del Presbiterado en el Obispado de Pamplona, y desde entonces, no una gloria cualquiera, sino la mayor gloria de Dios fué el blanco de todas las acciones de Areyzaga. Así lo refiere la Historia y la Iglesia lo confirma

El pleito que se entabló entre España y Portugal, sobre la pertenencia de las Molucas (1) fué sometido por los soberanos respectivos al estudio de peritos de entrambos países, sin que llegaran a entenderse. Pues bien: apenas se hicieron públicos los resultados puramente negativos de las conferencias sobre las Molucas, apoderóse de los españoles grande ánimo y decisión para arrebatarlas a viva fuerza a Portugal. Buena prueba de ello es la rapidez con que se dispuso la nueva escuadra, encargada de negocio tan espinoso y difícil. Encomendó el Emperador el apresto de ella a Cristóbal de Haro, el valiente y eficaz cooperador de Magallanes; y aunque ordenó que se enviaran por entonces seis barcos, ello fué que se prepararon siete: tres en la Coruña y cuatro en Vizcaya (Portugalete), merced a la diligencia y esfuerzos de Juan Sebastián de Elcano, el cual animó también a sus parientes, paisanos y amigos, para que le prestasen su ayuda. Unióse a esta expedición el clérigo Juan de Areyzaga, en calidad de capellán del patache *Santiago*, capitaneado por su primo Santiago de Guevara. De ahí el razonable número de vascongados—guipuzcoanos en su mayor parte—que se decidieron a acompañarle, lanzándose confiadamente a los azares de un viaje erizado de peligros, por los alientos que les infundía quien tuvo el acierto y la suerte venturosa de enderezar a seguro puerto la única nave que hasta entonces había realizado la circunnavegación del Globo.

Aunque cubierto de lauros inmarcesibles por tan magnífica empresa, no logró el inmortal Elcano lo que tanto ansiaba: la jefatura de la nueva expedición. Sobrábanle méritos y había dado incontrastables pruebas de su pericia; pero ni ésta ni aquéllos bastaban.

Aun se daba, dice un esclarecido biógrafo, demasiada importancia a

(1) Las islas Molucas forman tres grupos: el de Amboina, el de Bande y el de las Molucas propiamente dichas, que son cinco: Ternate, Tidore, Motir, Makian y Bakian. (Navarrete.)

los privilegios de nacimiento; de suerte que un buen marino, aunque se hubiese ilustrado con el hecho más portentoso, no parecía bastante autorizado para el mando superior de la Armada.

Y no era esta una preocupación del Gobierno, sino general. De manera que, aunque el Monarca hubiese juzgado idóneo para el cargo, habría costado trabajo que cediesen a obedecerle orgullosos hidalgos, mientras que nuevas hazañas no hiciesen olvidar su origen de mero armador.

Es bien extraño, en efecto, para nosotros, lo que en el siglo XVI —y más aún en los Precedentes— sucedía frecuentemente en casos análogos: casi siempre era preferido para ocupar el primer puesto, no el más perito en la empresa que se traía entre manos, sino el de más noble alcurnia, sobre todo si a esta condición añadía prendas de carácter y de conocimiento del mundo.

De conformidad con las ideas dominantes, el Emperador designó para el mando superior de la expedición a D. Frey García Jofre de Loaisa, de la Orden de San Juan y Comendador de Bárbales. Juan Sebastián de Elcano se sometió a la disposición del Monarca, conformándose con ocupar el cargo de segundo Jefe de la Armada.

Hechos los preparativos necesarios, nombrados los Jefes, artillada y pertrechada cual convenía la Armada (1) que iba provista asimismo de mucha lencería, paños, buhonería y otras cosas de rescate. Loaisa hizo pleito homenaje en manos del Conde D. Hernando de Andrada, los Capitanes en las del General, y cada soldado en las de su Capitán respectivo. Lo mismo que a los anteriores expedicionarios, se les prohibió tocar en la demarcación de Portugal, para evitar contiendas, ignorando el que tal cosa ordenaba que, de hecho, el único objeto de aquella

(1) NOMBRES DE LAS NAOS	Su porte en toneladas	CAPITANES	
Santa María de la Victoria	360	Frey García Jofre de Loaisa.	El total de los individuos de la Armada era de 450.
Sancti Spiritus	240	Juan Sebastián de Elcano; Capellán Urdaneta.	
Anunciada	204	Pedro de Vera.	
San Gabriel	156	Rodrigo de Acuña.	
Santa María del Parral	96	Jorge Manrique de Nájera.	
San Lesmes	96	Francisco de Hocés.	
Patache Santiago	60	Santiago de Guevara; Capellán Juan de Areyzaga.	

expedición era despojar a Portugal de lo que legalmente había adquirido.

En la madrugada del día 24 de Julio de 1525, levaron anclas en el puerto de La Coruña, y sin que ocurriera cosa digna de mención particular, llegaron el día 2 de Agosto a la isla de la Gomera, una de las Canarias. Allí, por indicación de Juan Sebastián de Elcano, hubo reunión de Capitanes, y resolvieron dirigirse tan pronto como pudiesen, al Estrecho de Magallanes; que si los vientos y corrientes les obligaban a separarse, cuidase cada nave de arribar a la bahía de Todos los Santos y esperase allí veinte días, si al cabo de ellos no llegaban los demás, debía poner una cruz grande en una isla, y colocar al pie de ella una carta metida en una olla, indicando el camino emprendido. En circunstancias análogas, debían hacer otro tanto en el río de Santa Cruz.

Detuviéronse en la Gomera hasta el 14 de Agosto, tomando leña, agua, carnaje y atavíos necesarios. Al tiempo de hacerse a la vela, se notó la falta de algunos soldados, que no sabemos si maliciosamente o inocentemente quedaron en tierra. Cuatro días después, yendo a la vela con viento próspero, a poca distancia de Cabo Blanco, se rompió el palo mayor de la nao *Capitana*, y fué necesario que Juan Sebastián de Elcano enviase dos carpinteros en su esquife, con gran riesgo de sus vidas, porque la mar andaba muy brava, para reparar el daño. Entre tanto, la Armada navegaba con trinquete, y no habían hecho más que comenzar el arreglo de la *Capitana*, cuando ésta, en medio de un aguacero, embistió a la *Santa María del Parral* y le deshizo toda la popa, rompiéndole además el palo de mesana. Al punto se le auxilió con tablas y carpinteros con que pudiese remediar el destrozo.

(Continuará.)



NOTICIAS HISTÓRICAS

RELATIVAS AL CLÉRIGO-NAVEGANTE

JUAN DE AREYZAGA

RECOPILADAS POR

D. JUAN JOSÉ DE BELAÚSTEGUI

(Continuación.)

Hallándose el día 5, de Septiembre a la altura de seis grados y minutos, no lejos de Sierra Leona, dieron vista a una nave, que así al pronto la creyeron francesa; y como Castilla y Francia estaban en guerra, toda la Armada, por orden del General, dio tras ella; mas viendo que perdían camino, porque la nave perseguida huía a toda vela, dió contraorden el General, y a fin de hacerse entender de las más lejanas, que eran la *San Gabriel* y la *Santiago*, mandó disparar dos tiros, pero sin resultado, porque ellas siguieron su camino. Al cabo de buen rato, el patache Santiago, capitaneado por Santiago de Guevara, alcanzó a la nao extranjera y la hizo amainar, y conociendo que era portuguesa, rogó al Capitán que se llegase a hablar al Jefe español. Al punto obedeció el portugués, y ya se dirigían todos a platicar con el General, cuando toparon en el camino con la *San Gabriel*, cuyo Jefe, Rodrigo de Acuña, mandó disparar un tiro, como indicando a los portugueses que amainasen; pero como iban en sentido de paz, obedeciendo a los ruegos de Guevara, no hicieron caso de las órdenes de Acuña, el cual, tomándolo sin duda a desaire, mandó dar voces de que amainasen, que si no echaría la nao inmediatamente a pique. Tal pro-

ceder disgustó en gran manera y con sobrada razón al Capitán Guevara y se lo afeó a su compañero Acuña, diciendo que estaba maravillado de su gran descomedimiento, al tratar de aquella suerte a una nave que iba rendida a ponerse a las órdenes del General. Con esto trabáronse de palabras hasta desafiarse, y merced a la intervención del Capellán Areyzaga, fué zanjada la cuestión habida entre ambos Capitanes, sin que dispararan sus cañones, que para el combate estaban ya preparados.

El General recibió muy bien a los portugueses, y se enteró de que venían de la isla de Santo Tomás, en el golfo de Guinea, y escribió cartas a España, con que se separaron para seguir cada cual su derrota.

Desde el día 6 comenzó a escasearles el viento, a tal extremo, que en mes y medio no anduvieron arriba de 150 leguas. El 15 de Octubre descubrieron la isla de San Mateo; distaban de ella diez leguas, y aun tardaron en tomarla hasta el 20 del propio mes, en que llegaron las seis naos mayores; el patache *Santiago* quedó a distancia, porque no podía barloventear, y fué preciso que la *Anunciada* le soltase un cabo por popa, para llevarle al surgidero. En esta isla, a falta de mejor arsenal, pusieron en seco el patache para limpiarle y darle un recorrido, porque venía muy sucio, añadiéndole además vela redonda. Asimismo precintaron las velas de las naos restantes para fortificarlas, aprovechando aquel descanso, y en la precisión de que en semejante viaje, que iba resultando pesadísimo, todo lo habían menester. Proveyéronse de agua y leña y de abundancia de peces de diversos tamaños, cogiendo también naranjas, palmitos, algunas gallinas, huevos y muchas aves bobas que mataban a palos. Uno de los días cogieron un pescado grande y hermoso los de la nao *Capitana*, y el General convidó a varios de los Capitanes y Oficiales del Rey, y todos los que de él comieron enfermaron de gravedad, pero se restablecieron pronto.

Estando en dicha isla mandó el General hacer información sobre lo ocurrido entre Rodrigo de Acuña y Santiago de Guevara, cuando la captura de la nao portuguesa, y el primero fué condenado a dos meses de destierro de su nao, ocupando su puesto Martín de Valencia; el segundo a otros dos meses de pérdida de sueldo. Se trató igualmente de substanciar otra causa, acaso más delicada; venían presos en la *Capitana* y en otras varias naos siete ú ocho gentiles hombres, acusados por Juan Sebastián de Elcano de haberse querido amotinar contra él; y estando el Capitán General determinado de mandarles dar tormento, para hacerles confesar la verdad, garró la nao *Sancti Spiritus*, de tal manera,

que se vió obligada a hacerse a la vela. Viéndolo el General, y en consideración también a que Juan Sebastián de Elcano, Jefe de la misma nao, con algunos más estaba en la *Capitana*, y la *Sancti Spiritus* se alejaba por momentos, hasta perderla de vista, mandó levar anclas y proseguir el viaje. Tan oportuno incidente libró a los desdichados *gentiles* hombres de un castigo durísimo.

El tiempo se presentaba amenazador, los vientos eran contrarios, y bien puede decirse que aun no habían afrontado ni uno solo de los gravísimos obstáculos, que eran inseparables de tal expedición. Nada de esto se les ocultaba a los Jefes de la misma, y al arrancar tan a deshora del puerto de San Mateo el día 3 de Noviembre, celebraron Junta sobre lo que convendría hacer. Se apuntó la idea de tomar por el Cabo de Buena Esperanza; pero al punto fué rechazada, porque no ofrecía mejor cariz el viaje por dicho Cabo que por donde ellos desde un principio intentaron, y resolvieron proseguirlo.

El día 4 de Noviembre, juntas ya las siete velas, partieron en dirección SO., y el 19 se hallaron cerca de las costas del Brasil. A falta de pasatiempos mas divertidos, entreteníanse viendo y pescando peces voladores. Al amanecer del día 5 de Diciembre distaban de la tierra firme tres leguas; habían tardado, pues, muy cerca de cuatro meses y medio desde España a los costas del Nuevo Mundo: bien es verdad que descendiendo más de 60° porque se encontraban a 21° 30 latitud Sur. Siguiendo por lo regular la misma dirección SO. en demanda del Estrecho de Magallanes, y con tiempo relativamente próspero, caminaron a lo largo de la costa, o por lo menos sin separarse mucho de ella hasta el 28 del mismo mes que se hallarían a los 40° latitud Sur. En dicho día, no pudiendo sufrir velas, por la fuerza del viento contrario, corrieron sólo con el papahigo del trinquete. El 29 aun fué más recio el viento, y anduvieron diez leguas sin vela ninguna: al mediodía amainó, y observaron que había desaparecido la nao *Capitana*. Elcano era de opinión de ir en su busca a sotavento y a ello se avenían los demás Capitanes, pero el piloto de la *San Gabriel* se opuso, alegando que lo convenido con el General era seguir el derrotero que llevaban hasta el río de Santa Cruz. Así lo hizo la *San Gabriel*, mientras las cinco naos restantes torcieron en busca del General: no hallándole en tres días que emplearon en esta pesquisa, tomaron la primitiva derrota con rumbo al Estrecho.

El día 12 de Enero del año 1526 llegaron sin novedad al río de

Santa Cruz, que está pasados los 50^o latitud Sur. Elcano deseaba detenerse allí hasta la llegada de la *Capitana* y de la *San Gabriel*; pero los Capitanes y Oficiales opinaron que iban a perder inútilmente el tiempo, exponiéndose a que se echase encima el invierno, con grave perjuicio de la Armada; por lo cual convenia seguir adelante colocando la Cruz convenida de antemano en una isleta del río y al pie de ella una carta, en que se avisase al General como le esperaban en el Puerto de las Sardinias, dentro ya del Estrecho. El patache *Santiago* se encargó de cumplir este acuerdo, mientras las demás naves siguieron su camino. Estas llegaron dos días después a un río, y pensando que era el Estrecho, quisieron penetrar por él, mas, cuando se dieron cuenta, ya habían encallado todas, con inminente peligro de perderse. Elcano sacó su esquifé y mandó a su hermano Martín Pérez con el Clérigo Juan de Areizaga, el Tesorero Bustamante, el artillero Roldán —uno de los compañeros de Magallanes —y otros tres o cuatro, a que hicieran un reconocimiento sobre si era o no el Estrecho, con orden de encender tres fogatas en caso afirmativo. Bustamante y Roldán quisieron muy pronto dar por resuelta la cuestión en este sentido; pero se oponían Areizaga y Martín Pérez. Para asegurarse, pasaron más adelante, saltaron a tierra y anduvieron tres leguas, y entonces convinieron todos en que no era tal Estrecho, sino un río llamado *Sant Alifonso*, y volvieron al punto de partida; pero ya no hallaron a la Armada, porque en la pleamar se desencalló y salió a alta mar, para venir al anochecer a un bajo del Cabo de las Vírgenes.

Serían las diez de la noche cuando levantó un viento recio, que fué aumentando gradualmente hacia el amanecer del siguiente día, en tal extremo que todas las naves garraron, a pesar de las cuatro anclas que cada una tenía echadas, y se iban a la costa; las olas llegaban a la mitad de los palos más altos, y no había en las embarcaciones quien pudiera moverse del sitio que ocupaba; los marineros descorazonados porque conocían que estaban perdidos, y los soldados sin poderse tener en pie. Juan Sebastian de Elcano, conociendo que no había otro remedio que entregarse a la ventura, dando con la *Sancti Spiritus* en tierra, mandó largar cables y arbolar el trinquete, con que, en efecto, dió al través en la costa, en el período álgido de la tempestad, cuando las olas alcanzaban las gavias, presentando un espectáculo aterrador. Lo más lamentable fué que de diez hombres que pretendieron tomar tierra a nado, se ahogaron nueve, porque la resaca los iba metiendo debajo

de la misma nao, y la fuerza de las olas los despedazaba contra ella. Los demás saltaron con la ayuda de un cabo que largaron a tierra, no sin gravísimo peligro de sus vidas, en camisa y completamente mojados y enteleridos. Esto ocurrió a cosa de las diez de la mañana y poco después se inició la bonanza y quedó la nao en seco: gracias a esto pudieron sacar de ella algunos alimentos y cajas; pero aquella misma noche, recruceciéndose el temporal, se abrió la nao por un costado y esparció cuanto había en ella.

Las demás naves pudieron sostenerse, aunque con gran trabajo, y sus Capitanes enviaron a llamar a Juan Sebastián de Elcano, para que las enderezase por el Estrecho. Al embarcarse en el batel que le había de conducir a ellas, Diego de Covarrubias, factor de la nao destrozada, y otros varios quisieron también embarcarse, pero viendo que los demás reclamaban, sólo permitió que le acompañase Urdaneta, prometiendo venir por todos los demás cuando fuese oportuno. Asimismo dispuso que fuesen cinco hombres en busca de su hermano Martín Pérez y compañeros, con una carta en que les anunciaba las desgracias ocurridas; todos ellos llegaron días después sanos y salvos, aunque habían pasado grandes penalidades, al lugar de la catástrofe.

Elcano y Urdaneta se embarcaron en la *Anunciada* (las otras dos eran *Santa María del Parral* y *San Lesmes*), y el día 17 de Enero se hicieron las tres a la vela, con ánimo de embocar el Estrecho; pero cuando se hallaban obra de cinco leguas del mismo, se desencadenó furioso vendaval, y a cosa de la media noche perdieron los bateles, a pesar de estar surtos. Tal y tan espantoso era el temporal que la gente se amilanó al ver que nada valían anclas, ni amarras, y que la *Anunciada* iba garrando hacia espantables barrancos, donde ni de día—dice Urdaneta—podía escapar a vida ninguno de nosotros. Y estando toda la gente—prosigue—pidiendo misericordia, llegó Juan Sebastián de Elcano e dijo a Pedro de Vera, Capitán de la nao, que esforzase la gente para que trabajase en los que les mandasen, e con la ayuda de Dios, escaparía la gente y la nao, si ellos quisiesen trabajar como buenos marineros. Con esto se animó la gente, largaron velas y salieron a ancha mar, hasta perder de vista la tierra y las otras naos. A los dos días volvieron de nuevo al Estrecho y avanzaron dentro de él más que antes, hasta la bahía de la Victoria, y hallaron allí surtas a las dos naos, que creían perdidas, porque no las habían visto en varios días.

(Continuará.)

NOTICIAS HISTÓRICAS

RELATIVAS AL CLÉRIGO-NAVEGANTE

JUAN DE AREYZAGA

RECOPILADAS POR

D. JUAN JOSÉ DE BELAÚSTEGUI

(Continuación.)

Domingo 21 de Enero, juntos los tres Capitanes con Sebastián de Elcano, concertaron de mandar al día siguiente a Urdaneta con media docena de hombres al lugar donde habían quedado los náufragos de la *Sancti Spiritus*, a participarles cómo los tres navíos estaban surtos dentro del Estrecho, y que entrando más adelante en otro puerto y dejando allí una de las naos volvería Elcano con las otras dos por todos ellos y por las mercaderías, vinos, artillería, munición y jarcia, avisándoles, entre tanto, que lo tuviesen todo dispuesto para cuando se presentasen las naos. El mismo día 21 por la tarde, divisaron en la costa gente que parecía vestida de colorado. Movidos de curiosidad enviaron un esquife, que volvió trayendo un patagón de tamaño desmesurado cubierto con un pellejo de cebra, calzado de abarcas del mismo pellejo y con plumas blancas en la cabeza. Cerca ya de las naves, atónito y espantado de lo que veía, resistiase a subir a ellas y fué necesario *echarle un aparejo* para meterlo dentro. En medio de las terribles amarguras y padecimientos de todo linaje, tuvieron un buen rato de esparcimiento con el patagón.

Según lo acordado, el día 22 salió Urdaneta con los seis compañeros que le dieron. No bien saltaron a tierra, viéronse rodeados de in-

dios, hombres y mujeres, que les pedían de comer y beber; era sin duda que el patagón había ponderado lo bien que le fué con los españoles. Y como quiera que éstos llevaban medidos sus alimentos no podían prodigarlos mucho, aunque todavía se excedieron, desprendiéndose de lo que muy pronto habían de echar de menos; y los indios que tuvieron alientos para seguirles hasta entonces, en cuanto vieron que las mochilas de los españoles quedaban completamente vacías, los abandonaron. Urdaneta y sus compañeros prosiguieron el viaje al día siguiente, y con el ejercicio no poco violento de caminar leguas y leguas por un terreno áspero y salvaje, pronto sintieron el aguijón del hambre; pero sobre todo hizo presa en ellos una sed rabiosa que les ponía a morir, y bien creyeron que era aquél su último día. Sacando fuerzas de flaqueza, se esparcieron en busca de algún pozo o manantial donde refrigerarse, y en esto se acordó Urdaneta de que tal vez se remediara en tan extrema necesidad tomando su propia orina; hizolo así y se sintió grandemente aliviado. Al poco rato dió con algunos de sus compañeros que estaban alrededor de un charco; muy cerca de allí encontraron algo de apio, y jamás gastrónomo alguno halló tan sabrosos sus exquisitos manjares, como aquellos desventurados el apio y el agua encharcada.

Al atardecer de aquel mismo día llegaron a la costa y siguieron por ella hasta muy avanzada la noche. Entonces notaron que subía la marea y que los tenía cercados, no quedándoles otra salida, sino querían perecer bajo las entumecidas olas, que trepar por espantosos barrancos, «e quiso Nuestro Señor, aunque fué con mucho trabajo, darnos gracia para subir arriba: subidos arriba, dimos gracias a Dios por la merced que nos había hecho». Ese era el soldado español de aquellos buenos tiempos; su arraigada fe hallaba constante esfuerzo en Dios para salir airoso en los lances más difíciles de la vida; y al recibir un beneficio, el noble, aunque rudo corazón de aquellos hombres de acero, volaba al cielo en alas de esa misma fe y del más profundo agradecimiento.

Allí, encima de los despeñaderos, se resolvieron a pasar la noche; encendieron fuego y se pusieron a asar los patos y un conejo que habían cazado por la tarde. Todo esto no les impidió cenar alegremente de aquellas viandas que no debían de tener más aderezo que el buen apetito de los que las tomaban. Repartieron sus guardias y se echaron a dormir los que podían por turno, cuando en el primer sueño oyeron cerca los ladridos de los adives, con lo cual creyeron verse rodeados de patagones. No es extraño: los repetidos golpes de la desgracia pueblan

la imaginación de tenebrosas sombras; y bien que aquellos hombres que exponían su vida con tanta frecuencia, jamás dieron abrigo en su pecho al miedo, todavía les obligaban las circunstancias a vivir muy sobre aviso, siquiera para no morir sin gloria, o sin vender muy caras sus vidas. Ello fué, que después de un día de horribles fatigas y privaciones, pasaron toda la noche en vilo.

Al ser de día bajaron de nuevo a la ribera, y por ella caminaron largo rato; hallaron abundante agua potable y unas a manera de ciruelas monteses, de que se alimentaron, habiendo llegado felizmente aquella tarde al lugar donde les esperaban los náufragos de la *Sancti Spiritus*. Como éstos estaban faltos de noticias de las naos, temían se hubiesen perdido, y cuando supieron por Urdaneta y compañeros que todas tres estaban en salvo, experimentaron grandes transportes de alegría. Esta se centuplicó al divisar un rato después a la *Capitana*, la *San Gabriel* y el patache *Santiago*; naves las dos primeras que habían perdido de vista desde hacía muy cerca de un mes, y la última en el río de Santa Cruz.

Si no hubiesen variado de rumbo las que venían con Juan Sebastián de Elcano, juntáranse muy pronto con el General, pues éste siguió la derrota prefijada en cuanto se lo permitieron los vientos contrarios; por eso se unió con la *San Gabriel*; al patache *Santiago* lo hallaron en el río San Ildefonso. En suma, que el empeño mismo de buscar al General les alejó de él.

Cuando Loaisa tuvo conocimiento de cómo se salieron del derroteo previamente fijado sólo por ir en su busca, se enojó mucho y con razón, aunque no dejó de comprender la buena fe con que obraron.

Al saber el General, por los náufragos, lo ocurrido durante su ausencia, largó velas hacia donde estaban surtas las otras naos. Allí mandó a Martín de Valencia que pasase a la *Anunciada*; que Rodrigo de Acuña volviese a su antiguo cargo de capitán de la *San Gabriel*, del cual sabemos que fué temporalmente despedido, y que Juan Sebastián de Elcano, con las carabelas *Parral* y *San Lesmes* y el patache *Santiago*, volviese a recoger la gente, ropas, mercaderías, jarcias y todo cuanto se había salvado de la *Sancti Spiritus*. Elcano salió el 26 de Enero a cumplir su cometido y en cuanto llegó al lugar del naufragio se dió prisa en embarcar la gente y objetos expresados. Iba a partir el día 5 de Febrero para unirse con Loaisa, cuando se desencadenó furioso vendaval, obligándole a meter el patache *Santiago* en un arroyo y a salir con

las naos mayores de aquel punto. *La Parral*, donde iban Elcano y Urdaneta, se dirigió, o mas bien fué arrojada hacia el Estrecho y surgió en un pequeño puerto dentro de él, mientras la *San Gabriel* salió a alta mar. Era el 9 de Febrero y todavía seguía allí Elcano esperando la bonanza, cuando vió salir por el Estrecho a la *San Gabriel*; mandó disparar un cañonazo, avisándole que estaban allí, y momentos después surgía cerca de ellos la nave expresada, portadora de noticias desconsoladoras; la propia tormenta que les puso a ellos en grande aprieto, había hecho garrar a la *Capitana*, a pesar de sus cinco anclas y otros tantos ajustes arrojándola hasta tierra. Ni el haber cortado la obra muerta, ni la echazón, ni cuantos arbitrios emplearon, fueron parte para evitar que el viento la forzase a dar en la costa, golpeándola allí despiadadamente las olas. Tuvo que abandonarla toda la gente, menos el maestre y los marineros. Concluía diciendo el Capitán de la *San Gabriel* que, en su opinión, podía darse por inutilizada la *Capitana*, y que él optó por abandonar el Estrecho, como único remedio para salvarse en tan extremo lance. Elcano mandó sin pérdida de momento a sus mejores marineros por tierra y después supo que habían llegado con gran oportunidad, pues con su ayuda sacaron a flote la *Capitana* y le arreglaron el timón, poniéndole por de pronto en condiciones de andar algo, mientras se proporcionaba ocasión de carenarla mejor. Siguiendo las naos *Parral* y *San Gabriel* en el mismo puerto, vieron el día 10 salir por el boquerón del Estrecho la *Anunciada*, de que era Capitán Pedro de Vera, y aunque le hicieron señas «no quiso venir a donde nosotros estábamos; antes fué a surgir a donde primero con la otra tormenta largaron amarras, e a la tarde desapareció de allí y nunca más la vieron.»

El mismo domingo 11 de Febrero, vieron que se dirigía la *Capitana* fuera del Estrecho, y en cuanto la divisó Elcano fué a ella, acompañado de Urdaneta, para hacer que surgiera donde estaban ellos; pero no lo pudieron lograr y al día siguiente se detuvieron a tres leguas de las otras naos, *San Gabriel* y *Parral* las cuales se le juntaron el mismo día. Allí determinaron de ir al río de Santa Cruz a carenar la *Capitana*, que sobre los destrozos anteriores, perdió aquel día el ánora mayor; en cambio tuvieron la satisfacción de ver que se les unió la carabela *San Lesmes*, después de haber corrido hasta el grado 57 lat. S. según Urdaneta y según los del buque, hasta donde a ellos les parecía que era el *acabamiento de la tierra*.

El General ordenó al Capitán de la *San Gabriel*, Rodrigo de Acuña, que se llegase a donde estaba el patache *Santiago* — al cual le dejamos surto en un arroyo— y le dijese de su parte que, si el tiempo le favorecía, se llegara hasta la bahía de la Victoria, donde estuvo la *Capitana* a punto de perderse; y recogiendo cuanto allí encontrase de la echazón de la *Capitana* se volviera al río de Santa Cruz, hacia donde se dirigían los demás. Añádiale el General que importaba al mismo Rodrigo de Acuña recobrar su batel, que quedó con el patache *Santiago*, pues no había más que el de la *Capitana*. Acuña se excusó diciendo que el mucho viento y la mar gruesa le impedían hacer tal viaje, pero el General insistió en su idea, tanto más cuanto que el patache *Santiago*, ignorante del paradero de las demás naos, podía fácilmente extraviarse. Lejos de someterse Acuña respondió a su Jefe «que a donde él no se quisiese hallar no le mandase ir». Mucho se enojó el buen Loaisa con palabras tan descomedidas y dió a entender al Capitán que no tenía más remedio que obedecer. D. Rodrigo dijo entonces que, pues el General se lo mandaba, obedecería; y así lo hizo.

Ignoraba la gente del patache *Santiago* los tristes sucesos de la bahía de la Victoria, donde suponía que aun seguiría surta la Armada; para cerciorarse, el virtuoso y heroico clérigo Juan de Areyzaga fué por tierra con tres compañeros, llevando comida para cuatro días, para recorrer cuarenta leguas. Llegaron a la expresada bahía, y hallaron algunos restos de la *Capitana*, comprendiendo por ellos lo sucedido. Al volver, les faltó comida, y por iniciativa de Areyzaga, echaron mano de amargas frutas silvestres, que sirvieron para entretenerles el hambre, y llegaron al patache al mismo tiempo que se acercaba la *San Gabriel*, en cumplimiento de las órdenes del General. En el viaje perdió el clérigo Juan de Areyzaga un compañero llamado Juan Pérez de Higuera, no sabemos si por haberse extraviado, o porque le detuvieron o le mataron los patagones. En verdad que no había mucho que fiar de ellos, y bien lo comprendieron Areyzaga y sus compañeros, que aunque llegaron sanos y salvos, venían los desventurados en cueros vivos, porque los salvajes los despojaron de todo.

Rodrigo de Acuña, que halló al patache *Santiago* en el Cabo de las Vírgenes, comunicó a su Capitán Santiago de Guevara las órdenes del General; recobró su batel, no permitiendo que volviesen al patache los diez o doce hombres que se lo entregaron, y se dirigió con rumbo al río de Santa Cruz; pero no volvió a juntarse con el General.

El patache *Santiago* cumplió fielmente su cometido; se internó en la bahía de la Victoria; recogió los restos del alijo de la *Capitana*, y volvió sin novedad al río de Santa Cruz el domingo 11 de Marzo. Allí estaba ya el General desde el 24 de Febrero, con las naos *Victoria*, *Parral* y *San Lesmes*; de manera que la escuadra se vió reducida a cuatro embarcaciones, de siete que habían salido de España. Se perdió la *Sancti Spiritus* como sabemos y se habían separado del General, se cree voluntariamente, la *San Gabriel* y la *Anunciada*. En la Armada se sintió mucho tal pérdida y con sobrada razón, pues faltaron las tres naves mayores después de la *Capitana*. No sabemos cómo tenían aliento aquellos hombres para insistir en la demanda del Estrecho, que siempre los recibía sañudo e implacable; debiendo temer que sí, cuando llegaron de refresco y con todas sus fuerzas y con las naos en buen estado, les fué imposible atravesarle, cada vez les sería más difícil triunfar de aquel coloso, que con todo el formidable empuje de sus olas se oponía a los deseos de los heroicos expedicionarios.

No bien llegaron al río de Santa Cruz el 23 de Febrero, colocaron en seco la nao *Victoria*, y hallaron que tenía quebrado todo el codaste y tres brazas de quilla. En cinco mareas, que en aquella sazón eran muy grandes, la aderezaron lo mejor que les fué posible con tablas, planchas de plomo y «cintas de fierro». La labor resultaba en extremo penosa porque tenían que trabajar en el agua. También pusieron en seco las otras dos naos y el patache y les dieron un buen recorrido. Aprovechando la madera que llevaban con objeto de hacer un bergantín, construyeron un batel y se lo dieron a la *Santa María del Parral*. La *San Lesmes* estuvo a punto de inutilizarse: ocho días permaneció en seco después de aderezada, hasta que, ayudado por las grandes mareas, la arrojaron al agua.

(Continuará.)

NOTICIAS HISTÓRICAS

RELATIVAS AL CLÉRIGO-NAVEGANTE

JUAN DE AREYZAGA

RECOPIADAS POR

D. JUAN JOSÉ DE BELAUSTEGUI

(Continuación.)

Entretanto, el elemento militar de la Armada se entretenía útilmente en la caza y pesca: obra de dos leguas de la barra había una isleta adonde salían gran número de lobos marinos, o focas, a tomar el sol, oíanse sus bramidos a larga distancia. Para ver de cazarlos, se organizó una expedición de cuarenta hombres, que fueron en un batel, y salidos en tierra, se repartieron en grupos de cinco en cinco. Cuando distaban un tiro de ballesta de los lobos, arremetieron contra ellos, pasando por encima de innumerables patos, que no pudiendo volar se dejaban aplastar por los cazadores, los cuales, con la codicia de matar lobos, no hacían caudal de dichas aves. Sólo una foca pudieron matar, y eso porque la hallaron dormida, con haber quebrado en otras muchas todas las alabardas, lanzas, ganchos, mazas de plomo y cuantas armas llevaban. Abrieron en canal la única pieza lograda, y le hallaron en el buche piedras lisas, tamañas y mayores que una mano. Aquella noche se detuvieron en la isleta, en espera de mejor fortuna para el día siguiente; pero los lobos no salieron. Lo lastimoso fué que los cazadores comieron del hígado y del bazo del que habían cazado, y al poco tiempo se desollaron todos de pies a cabeza. De lo restante de aquella enorme pieza comieron ciento cuarenta hombres. En los días siguientes se

dedicaron a la pesca, de que hallaron enorme abundancia; unas veces se servían del chinchorro o red que llevaban; otras de las manos, pues en la marea baja quedaban en seco muchos peces. Después de repartir en fresco los que buenamente podía comer la Armada, aun pusieron en salmuera trece botas o pipas llenas de buenos pescados.

Asimismo hallaron «un animal a manera de galápago, que parecía en la cabeza y ancas como el caballo; e con la concha que tenía parecía caballo encubertado». Vieron también avestruces y una multitud de aves de rapiña. Urdaneta, que estaba animado de gran espíritu de observación, cuenta y no acaba de las cosas que vió durante la forzosa estancia de la Armada en el río de Santa Cruz, y refiere que hallaron muchas piedras, calificadas de *madres de turquesas* por los lapidarios de la expedición; gran número de salitrales o criaderos de nitrógeno y él mismo dió con un topacio, por el cual le ofrecían cuarenta ducados. No se dejó ver un solo patagón en todo el tiempo que se detuvieron allí los expedicionarios.

El día 24 de Marzo abandonaron el río de Santa Cruz en dirección al Estrecho, con mar muy gruesa y viento huracanado, aunque favorable. A la altura del río San Ildefonso, el temporal obligó al patache *Santiago* a separarse de la Armada y a entrar en dicho río. En una isla cercana mataron los del patache innumerables peces, que pusieron en salmuera, llenando ocho pipas. Juntas ya todas las naves, el día 5 de Abril entraron en el cabo de las Vírgenes, y el 8 embocaron el temido Estrecho, adelantándose el patache, forzado por el tiempo. Al pasar por donde la vez anterior había garrado la *Capitana*, mandó el General su batel para que recogiese algunas botas y cepos de lombarda que aun quedaban allí, encargando a su gente que, si hubiere algún patagón, lo llevasen a las naves. No lo consiguieron porque los indios empezaron a tirar flechas en cuanto los españoles trataron de obligar a uno de aquellos a que entrase en el batel.

Al día siguiente, 9 de Abril, hallaron al patache *Santiago* al abrigo de una isla, donde surgieron también las otras naves. La *Capitana* empezó a arder el día 10, cuando estaban cociendo una caldera de brea: gracias a la diligencia de muchos de los tripulantes se salvó la nave, pero ellos estuvieron en gravísimo peligro de sucumbir. Se centuplicó el peligro, porque mientras los unos se ocupaban, como era su deber, en apagar el fuego, los otros se dieron prisa en apoderarse del batel, donde querían entrar muchos a la vez, y estuvieron a punto de matar-

se por ese empeño. «Si así hiciéramos todos —dice Urdaneta— bien librados quedáramos; empero, con la ayuda de Dios, todo se remedió bien, y el Capitan General afrentó de palabra a todos los que entraban en el batel.

Partieron de allí el día 12, llegando en el mismo al puerto de la Concepción, donde se detuvieron con malos tiempos. El patache *Santiago* perdió allí su esquife, y al salir las demás naves, se quedó, no sabemos por qué, la *Parral*, que no pareció hasta muchas horas después; como que creyeron no volvería a ver. El día 18 surgieron en el Puerto de San Jorge, uno de los mejores de aquellos tempestuosos mares, donde hicieron leña y aguada, cortando además la madera necesaria para un par de bateles. Allí se les murió el factor Diego de Covarrubias. Cuando más descuidados se hallaban, oyeron una noche inmenso griterío que les alarmó: eran dos canoas de patagones que llevaban tizones encendidos, por lo cual entendieron que tal vez trataban de incendiar las naves. Los patagones hablaban a grito herido; mas como nadie les entendía, volviéronse a tierra. Al siguiente día mandó el General a su batel, por si podía hallar alguno de los alborotadores, pero no hallaron rastro de ellos.

El día 25 abandonaron el puerto de San Jorge, para surgir el 26 en el llamado Buen Puerto. Hallaron aquí abundancia de leña y una fruta colorada, semejante a la guinda, de la cual comieron todos. Asimismo probaron de la corteza de un árbol que tenía el propio sabor de la canela. Aunque en todo el Estrecho hay copia de mejillones, en éste los hallaron muy extremados, con mucho aljófara dentro. Al salir de Buen Puerto, el día 2 de Mayo, experimentaron grandes temporales, que les hicieron Andar volteando sin poder adelantar un paso, hasta que el 6 surgieron en el puerto de San Juan, donde se detuvieron hasta el 9. Los frios eran horribles en aquella estación, sin tener con que remediarse los expedicionarios; las noches duraban veinte horas y no cesaba de nevar. Se formará una idea de la angustiosa situación de aquellas gentes, con sólo saber que el día 9 de Mayo se les murió un gallego ahogado materialmente por una espantosa plaga pedicular. En dicho día 9 partieron del expresado puerto de San Juan, y al siguiente volvieron al mismo, porque no les fué posible avanzar ni hallaron surgidero que les ofreciera mayor seguridad. Paso a paso tenían que ir ganando terreno: el 14 abandonaron este puerto y el 15 se detuvieron en el llamado de Mayo, hasta el 25. Al día siguiente, 26 de Mayo, desem-

bocaron el Estrecho, llegando al Cabo Deseado, que lo sería ardientemente por los expedicionarios. Más de diez meses llevaban a merced de las olas, y sólo habían avanzado en dirección a las regiones que buscaban 70 grados; aun les faltaban otros 160. De cualquier modo, el saber que dejaban atrás el formidable Estrecho, con tantos afanes y pérdidas atravesado, debía animarles sobremanera, tanto como la equivocada idea del Pacífico, que sólo de nombre lo era, como lo experimentaron muy pronto.

Llegó, pues, la expedición Loaisa el sábado 26 de Mayo de 1526 al mar Pacífico. A pesar de los trabajos y privaciones inesperables de un paso tan peligroso, bien podían gloriarse los expedicionarios de la bonanza relativa de las aguas del Estrecho y de la facilidad con que salvaron todos los obstáculos; porque más de una vez hubo de torturar la fantasía de aquéllos la perspectiva de una catástrofe que los borrara del catálogo de los vivos, sin gloria ni utilidad; que era acaso el más amargo torcedor para la mayor parte de aquellos hidalgos, ávidos de fama y renombre.

El mismo día 26 de Mayo de 1526 empezaron a surcar el Pacífico en dirección NO. y el 31 del mismo mes, distando cosa de 150 leguas del Cabo Deseado, les dió un viento fresco, que arreció por la noche, y al día siguiente se convirtió en horrorosa tormenta, «muy grande a maravilla», según Juan de Areyzaga, que obligó a las naves a dispersarse, y nunca más se volvieron a juntar.

Como en estas *Noticias Históricas* tratamos de señalar los hechos más culminantes del clérigo Juan de Areyzaga, seguiremos el rumbo que trazó el patache *Santiago*, capitaneado por Santiago de Guevara.

Después que se separó de las demás naves de la Armada, hallóse el patache *Santiago*, en medio de los mares, sin recursos ni provisiones. Eran cincuenta las personas que iban a bordo y únicamente disponían de cuatro quintales de bizcocho polvo y ocho pipas de agua. Ante situación tan angustiada, determinaron ir a proveerse a la costa que el Capitán General Hernán Cortés tenía descubierta y poblada a espaldas de Nueva España; mas sus cálculos no tuvieron el éxito que deseaban, pues aunque en aquel gran golfo hallaron diversidad de aves, no hallaron peces. Variaron entonces de rumbo y el día 11 de Julio de 1526 divisaron una isla. El día 12 recaló el buque a la costa, donde vieron humo y mucha gente, que se dirigía hacia donde iba el patache *Santiago*, y éste fondeó a un cuarto de legua de la tierra. Como no tenían ni

una miserable lancha que pudiera conducirlos al puerto, se hicieron a la vela y el día 20 llegaron a una pequeña isla, que ellos llamaron de la Magdalena, donde fondearon.

Precisábase que alguno saliese a tierra, y, a este efecto, acordaron que amarrando con chicotes una caja, se metiese uno en ella y llegase a la costa. El clérigo Juan de Areyzaga (1) se ofreció a este sacrificio y aunque sus compañeros de expedición se opusieron, no hubo manera de que se le hiciera desistir de su empeño. Dijo que quería exponerse por la salud de todos y encomendándose a Dios se introdujo en la caja en calzas y jubón, ciñéndose una espada en la cintura, y llevando, además tijeras, espejos y otras menudencias propias para engañar a los indios y captar sus simpatías, a fin de que no le molestasen y comiesen.

Al poco tiempo de hacerse a la mar metido en su caja, volcó ésta, y el heroico Areyzaga se vió en grande apuro. Estaba a punto de ahogarse, cuando cinco indios, que le vieron en situación tan desesperada, se echaron al agua y le sacaron a tierra medio muerto. Hecho esto, se apartaron los indios y no le hicieron más caso. Areyzaga, después de media hora, volvió en sí, recobró el sentido e hizo señas para que se le acercasen, pero éstos en lugar de aproximársele se echaban en el suelo y abrazaban la tierra. Creyó el clérigo que lo que hacían era en señal de paz y amistad, y repitió la operación de aquéllos. En esto, varios indios entraron en el agua, sacaron cautelosamente la caja y la pusieron a merced del clérigo. Este santo varón, en premio del servicio que le habían prestado, quiso regalarles algunos objetos que contenía la caja, mas los indios le rehusaron, dándole vivísimas muestras de agradecimiento.

(Concluirá.)

(1) Juan de Areyzaga era conocido también con el nombre de Eleazar Español.



NOTICIAS HISTÓRICAS

RELATIVAS AL CLÉRIGO-NAVEGANTE

JUAN DE AREYZAGA

RECOPIADAS POR

D. JUAN JOSÉ DE BELAÚSTEGUI

(Conclusión.)

El clérigo Areyzaga, ante las reiteradas súplicas que por medio de movimientos mímicos le hicieron los indios, para que a ellos siguiese, determinó complacerles, y, ciñendo su espada, se fué con ellos, llevando uno de los indios las cosas de rescate.

Caminaron un buen trecho hasta perder de vista el patache *Santiago*, y pronto se hallaron frente a una población de muchas torres y florestas. Salieron de ella más de veinte mil personas, todas armadas de arcos, lanzas y flechas, y a la vanguardia venían más de doce mil hombres que abrían el paso. Llegados que hubieron a la población, les esperaba un SEÑOR a la sombra de un árbol. Dijéronle que era el *cacique* de la población y Areyzaga se entendió con él por medio de señas. Vió entonces hincada en tierra una cruz de palo, y el SEÑOR señalándola y con voz majestuosa, dijo: «Santa María». El clérigo, con las lágrimas en los ojos, adoró la cruz que nueve años antes habían puesto los cristianos en aquel lugar, en medio de la admiración de todos los indios, que respetuosos observaban aquella ceremonia religiosa.

Después de esto condújole el SEÑOR a un gran palacio donde le dieron a comer escogidas viandas que Areyzaga agradeció vivamente,

y éste, a su vez, le obsequió con las cosas de rescate que llevaba, de lo que el SEÑOR recibió mucho placer.

Como Areyzaga conocía perfectamente la apurada situación en que, por falta de víveres, se hallaban sus compañeros de expedición, rogó al SEÑOR se sirviera prestarle para ellos algo que comer, a lo que accedió de muy buen grado, mandando traer tres venados y otras provisiones. El clérigo dió voces a los de a bordo desde un cerrillo anunciándoles que era buena tierra, que había mucho que comer y que no dieran lugar a la desesperación, sino que estuviesen jubilosos. Al recibir esta grata noticia, los tripulantes del patache *Santiago* no cabían de gozo y dispararon toda la artillería en señal y demostración de su alegría y contento. El SEÑOR y los indios, apenas escucharon el estampido del cañón, cayeron en tierra amedrentados, pero Areyzaga que no pudo menos de reirse de aquel extraño caso, les dijo que no tuviesen miedo de ningún género. Repuestos el SEÑOR y los indios de la perturbación de ánimo originada por el estallido del cañón, volvieron todos al pueblo, por ser materialmente imposible llegarse a bordo a causa de la marea. Areyzaga pasó la noche en casa del SEÑOR, quien se esmeró en agasajarle, preparándole buena cena y destinándole un aposento admirablemente esterado.

Al día siguiente volvieron a la costa el cacique y el Clérigo, acompañados de más de diez mil indios; tres de éstos llegaron a nado a bordo del patache *Santiago* y trajeron tres barriles vacíos y el chicote de un cabo amarrado al barco. El *cacique* y el Clérigo cogieron del cabo para llegarse a bordo, y a su alrededor y a nado iban más de quinientos hombres que llevaban en los barriles y aun en las cabezas abundantes provisiones.

Al día siguiente los tripulantes del patache *Santiago* se desembarcaron en una balsa que al efecto formaron los indios. Encontrándose ya los navegantes en tierra, construyeron en la costa varias chozas y en ellas fueron espléndidamente obsequiados por los naturales de aquel país.

El clérigo Areyzaga, el capitán Guevara y otros seis allegados junto con el SEÑOR fueron al palacio de éste, mientras los otros compañeros de navegación quedaban en la playa con los indios, quienes se deshacían por obsequiarlos, bailando delante de ellos y haciendo otras fiestas jubilosas.

El *cacique* o SEÑOR, sin dar cuenta a los huéspedes que albergaba

en su morada, mandó llamar a un gobernador cristiano, que estaba distante de allí unas veintitrés leguas, y al cuarto día volvieron los mensajeros que había enviado diciendo que al día siguiente vendría. Así sucedió, en efecto; al quinto día de hallarse los ilustres y heroicos navegantes fastuosamente regalados y festejados en el palacio del SEÑOR, vieron que se venía hacia ellos un cristiano en una hamaca, transportada por doce indios y en medio de un numeroso gentío. ¡Era el Gobernador de aquella tierra! Recibió éste a los intrépidos navegantes con muchas demostraciones de afecto; los españoles diéronle cuenta de su navegación, a la vez que le manifestaron su deseo de saber en qué tierra se encontraban. Díjoles el Gobernador que era tierra de la Nueva España, y que diesen gracias a Dios que les había traído a ella.

Consignamos que la ciudad en que se hallaban los tripulantes del patache *Santiago* se denominaba Macatán, y la otra en que residía el Gobernador, Tehuantepec.

Ante futuras contingencias, precisábase tomar una previsora resolución, y, a este fin, el Gobernador manifestó su franco y leal parecer de que el intrépido capitán Santiago de Guevara fuese a Méjico para que relacionase a Hernán Cortés todas las vicisitudes de la desventurada expedición Loaisa; pero el capitán rehusó tal idea o parecer, temeroso, sin duda, de que no pudiese llegar vivo, por la enfermedad que clarívidentemente le iba minando su existencia. La razonada excusa formulada por Guevara fué tomada en consideración, y en su lugar se acordó que fuese a Méjico, en calidad de capitán (así creemos) del patache *Santiago*, el clérigo Juan de Areyzaga, teniendo en cuenta las admirables dotes que éste atesoraba para el ejercicio de tan elevado y espinoso cargo.

El día 31 de Julio de 1526, en virtud de la comisión conferida, salió de Tehuantepec Juan de Areyzaga, y gracias a sus heroicos esfuerzos llegó a la ciudad de Méjico. Allí Hernán Cortés recibió al clérigo Juan de Areyzaga con singulares muestras de afecto y consideración muy naturales, por cierto, tratándose de una personalidad que tan señalados servicios había prestado en el patache *Santiago*.

Areyzaga informó a Hernán Cortés de todo lo sucedido a la desgraciada expedición Loaisa, y ante noticias tan desconsoladoras, el conquistador de Méjico apresuró la salida de la expedición de Alvaro de Saavedra.

Hasta aquí llegan las noticias que hemos podido adquirir del clérigo Juan de Areyzaga; siendo verdaderamente sensible que ningún historiador se haya ocupado de esclarecer la vida y hechos posteriores a la entrevista que tuvo en Méjico con Hernán Cortés. Esto no obstante, las proezas que hemos enunciado en estas noticias históricas, son más que suficientes para que se le tenga considerado como una verdadera gloria nacional de la Patria española, al virtuoso y heroico clérigo-navegante Juan de Areyzaga.

